R705
.E8
1929

FLORENCIO ESCARDÓ

SILUETAS DESCOLORIDAS

PALABRAS SIN OBJETO

Edición de "EL ATENEO"

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

R705
.E8

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00027208851

R705
.E8
1929
PV 11-06

Florencio Escardó

Siluetas Descoloridas

(Palabras sin objeto)

1929

UNIVERSITY LIBRARY
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

DEDICATORIAS

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

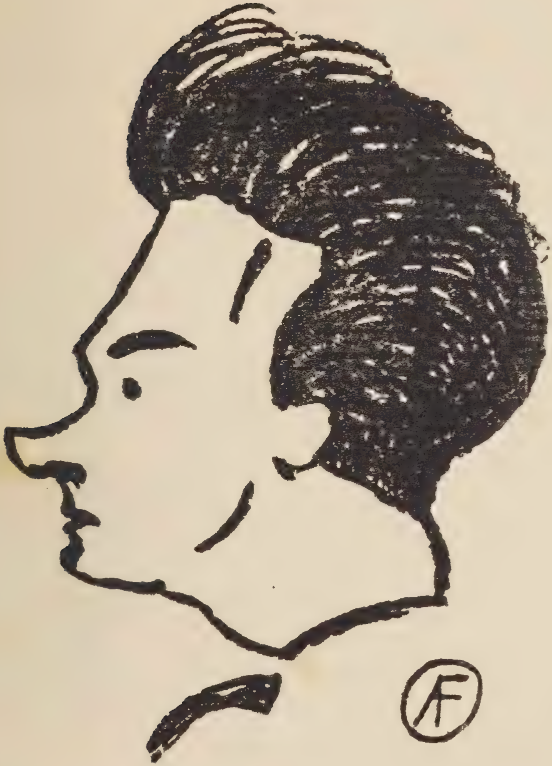
https://archive.org/details/siluetasdescolor00esca

A Luis Trepat, que hacía siempre suturas
intradérmicas pensando en la belleza
de las niñas de después.

A Sor Justina, que nunca daba opiniones sobre medicina y bautizaba a los niños agonizantes.

A Leonardo T. Rivara, que ensayaba durante muchas horas la respiración artificial.

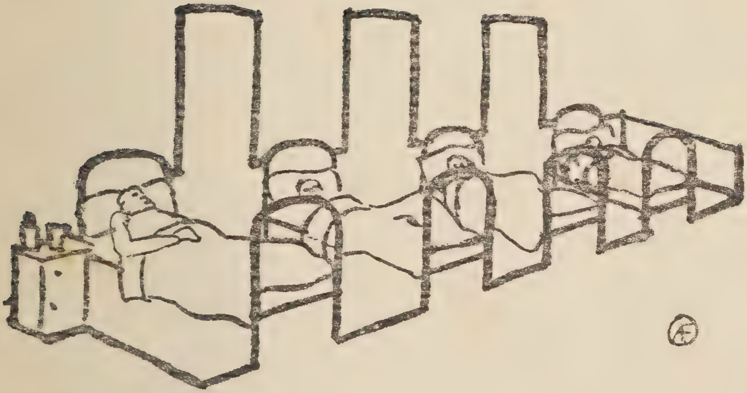
A Don Antonio, el sereno, que adivinaba los crups y nos urgía el despertar.


AF

SINTOMA PREMONITORIO

En este libro digo lo que no digo. No hurtéis la paradoja. Una paradoja es una verdad con el traje al revés. Para hacer este libro de entrelíneas he debido poner las líneas. Sólo ellas son mías. Lo demás será de la buena o mala intención del lector. Me he visto constreñido a ello hasta que se descubra el idioma de las entrelíneas sin línea. Que se descubrirá. Entonces las mías serán, de cierto, palabras sin objeto.

1



En la sala. — Las camas tienden a uno y otro lado sus quietudes paralelas. Las colchas son blancas, las intranquilidades negras. La claridad se ensancha en tonos limpios. Con menos luz la bondad pudiera hacerse cómplice de la penumbra. Bajo las almohadas está escondida la esperanza, encima las cabezas pesadas de silencio. La Hermana pasa meciendo suavemente las alas almidonadas de la cofia. Sus manos, alas diminutas; un hada azul dos veces albialada. Las figuras aparecen difuminadas en la evocación y se borran en seguida. Un mal rato hace de director de escena.

I

Anunciación, la caba. — La voz, el gesto y la torpeza rápidos. Manda por predisposición étnica. Es la dueña omniimpertinente de las llaves y de las propinas. Usa delantal y cofia. Con ellos blanquea la sirvienta y obscurece la enfermera.

El 9 es un buen enfermo. Nunca pide nada. Dicen que se queja de noche. Eso es cuestión de la serena. Morirá pronto. Es lástima; quien lo reemplace puede ser incómodo.

Modestio, el practicante. Es excelente. Sólo hay que cambiarle la túnica una vez por mes. La vez que viene. Será buen médico. El doctor es muy bueno también. Jamás observa la falta de las drogas de la sala. Un verdadero doctor.

Alguien reclama una jeringa. La inyección urge. Anunciación sospecha que debe ir a buscarla. Se sumerge en el vano de la puerta.

El silencio se mella con la respiración entrecortada del 9.

II

Príncipe, el practicante. — Está contento. Siempre está contento. Estudia ahora 170 páginas por día. *“No lee la letra chica”*. Cuenta 25 años, 9 sobresalientes y 2 ideas. Piensa de 6 a 7. Vive en concubinato con el texto. Le es fiel. Con la incómoda fidelidad de un despertador. Tiene un porvenir seguro. Publicará una observación sobre el cuadro febril de la neumonía documentada en 10.000 casos. Tendrá un consultorio con 60 tarjetas por día. No más. Su ciencia será enorme. Su automóvil también. Morirá de una enfermedad perfectamente diagnosticada.

Lee el reloj. Son las 11. La jeringa tarda. Se va. Mañana preguntará a la hora exacta en que murió el 9.

III

Bonifacio, médico interno, es por compensación hombre externo. Ha descubierto el secreto de que los tacos de los botines no se gasten nunca. Peinado liso y presuntuoso. Inteligencia ibídem. Mira al techo, Encuentra todo en orden. Las cosas no cambian en su ausencia. En su presencia tampoco. Las enfermeras lo quieren mucho. El les corresponde. Bien entendido, el amor al enfermo puede empezar por el amor a la enfermera.

El 9 está muy grave.

—*Hay que proceder. Llamen al practicante.* ¡Ah! Y que le avisen cuando la cama se desocupe. La necesita para un recomendado. Los enfermos, al revés de los específicos, no se recomiendan por sí solos.

IV

Jorge, el practicante, está en la sala desde el principio. Ahora lo descubrimos por la sonoridad de su silencio. Se inclina sobre el viejito de la cama 16 que ayer le besó las manos. Cosas de enfermos. La enfermera lo detesta. Cosas de enfermeras. Ensucia muchas túnicas. Es un desordenado. Viene temprano, se va tarde. Toma las guardias de todos. En las paredes de su cuarto no hay recortes de la "Vie Parisienne". No parece estudiante.

V

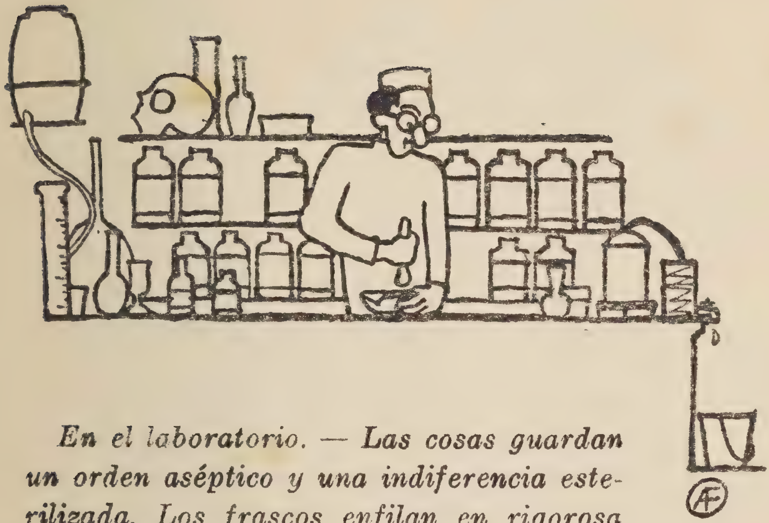
Empieza a entrar gente. Son diez, quince, veinte túnicas blancas. Se agrupan alrededor de una cama. Suena un timbre. La espera se estira como un gato perezoso. El silencio bosteza. La paciencia entorna los párpados. Llega el Maestro. Tiene la cabeza baja. La ciencia no sabe qué hacer; a veces se mete en los frascos de las mesas de luz. El Maestro hace un gesto. La sabiduría yergue el índice. El jefe lee en voz alta una historia. Es la historia clínica. Esa historia que tenemos siempre y no contamos nunca. Se oye pensar al Maestro. Y se ve. Empieza a explicar; el tono es gangoso y adormilado. El sentido también.

Todas las caras asisten atentamente a la explicación. El sonido gangoso va haciendo cortes seriados del silencio. Afuera, limitada a la admiración por el hueco de la ventana, una rama florecida se dibuja sobre el cielo lejano de pureza. La clase ha sido muy interesante.

El Dr. Rucio, después de leer la historia clínica, va a felicitar al Maestro. Otros también.

El 9 ha tenido la osadía de morirse durante la clase.

2



En el laboratorio. — Las cosas guardan un orden aséptico y una indiferencia esterilizada. Los frascos enfilan en rigorosa formación sus cuerpos recios y sus cabezas pequeñas. Como los militares. Los vacíos anuncian contener algo, igual que los llenos. Como los médicos. Bajo el bofetón luminoso que asalta las ventanas, níqueles y cristales deslumbran. Sobre una mesa, frascos y vasijas. Cada una sobre un papel. Es el trabajo por hacer. Enfrente, una mesa sin nada. Es el trabajo hecho. En la soledad ordenada e inútil se estira una pereza pulcra. Un tedio con librea. Una quietud de biblioteca y de alacena. La ca-

nilla isocroniza sus gotitas prófugas. Se siente péndulo. En el ambiente diáfano de la evocación los personajes surgen por derechos de opacidad. La rutina hace de director de escena.

I

Entra el sirviente. Con la túnica más limpia tendría un misterioso aspecto de augur. Enciende el mechero con rito sutil. La llama extiende hacia arriba su lengua ondulosa y azul. Como una murmuración hermosa y vana. El sirviente ofrece su hombro al marco de la puerta. Es un silenciario tedioso. De cuando en cuando se acerca a vigilar el fuego. Vestal. Se siente en el recinto con celos de sultán para el orden de los frascos. Con capacidad de eunuco para su utilización. Chirría en el silencio el grillo de la espera. De la canilla han caído 1276 gotas.

II

Alguien llega. Fino. Elegante. Se lustra el peinado con betún. Los zapatos con brillantina. El pensamiento con aceite de almendras. Se quita el saco, lo coloca en el armario con femenina pulcritud. Se arremanga la camisa de seda. Se enfunda una túnica blanca de ocio y almidón con bordados precordiales. Nos damos cuenta que es el ayudante. Se lava las manos con jabón oloroso. Se las seca con alcohol, primero. Con éter, después. — *¿No ha venido el jefe?* — El silenciario hace un signo negativo.

El ayudante sale. La penumbra del corredor se lo traga como un largo amor sonoro.

III

Ahora el jefe. Ojos color tedio. Ojeras color insomnio. — *¿No han venido los ayudantes?* — Signo ambiguo de la vestal. Comienza el sutil misterio de las pipetas. De los filtros. De los balones. La premura deshilacha la prolijidad. La rutina trata de pespuntearla.

Entra un médico. Trae una consulta importante. Saber qué tal es la última revista del Porteño. Entre ictericias de hipobromito y cianosis de licor de Felhing, el jefe hace el elogio de las piernas de la Guzmán.

Entra otro médico. Y otra revista. Practicantes. Bailarinas. Coristas. Conversan durante 4742 gotas. Irrumpe desaforado un sirviente. El Profesor reclama los análisis. Para la clase. La clase es la ciencia impaciente e inmediata. El enfermo es el dolor mediato y pacienzudo. Agitación Rumores. Protestas. Quejidos sonoros del cristal. Salen los papeles cabalísticos, alimentos de la ciencia. Son los protocolos. Están en buena razón. Nacieron de una necesidad protocolar.

IV

La conversación se triza en carcajadas. El mechero extraña a la pava. A ojos entornados de malicia los balones son mates. Los reactivos licores. El sitio trastienda. Vuelve el ayudante. Se quita la túnica impecable. Se desnuda de su cargo como de un guante. Toques de "toilette". Saludos.

V

Es medio día y media. Cansancio. Apetito. Pasa por el recuerdo el cortejo de maní y aceitunas de los aperitivos. *Si reclaman esto, que estará mañana.* El augur aprueba. Salen. Se cierran las puertas. Las ventanas. Entra el silencio emponchado en penumbra. Los reflejos cierran los ojos. La canilla gotea. Como suspirando.

3

Una puerta cerrada. Ante ella un corredor. Nadie corre, sin embargo. Es el vestíbulo del consultorio. Es ancho o angosto según el número de personas que haya en él. Hay dos bancos blancos. Alguien diría dos bancos de plaza. Yo no. Son dos bancos de corredor. Hay que tener respeto por los corredores.

En un rincón, una salivera para escupir alrededor. (Las saliveras, los pulverizadores y las plumas fuentes tienen una función virtual que nunca realizan. Como los jefes de trabajos prácticos). Letreros. Uno: "Se prohibe fumar". Otro: "Se prohibe escupir en el suelo". De si se puede en las paredes no dice nada. Otro más: "Se prohibe hablar en voz alta". Y otro: "Se prohibe dar propinas". No hay ninguno que prohiba recibirlas. Todavía otro: "Los consejos de Lao Tseu". Filosofía al 30 o/oo. Sutil medi-

cina dar filosofía a los enfermos. Y otro: ''Se prohibe arrojar papeles en el suelo''. Como no hay ningún cartel que diga: ''Se prohibe esperar'', la gente espera.

Son las siete de la mañana. El sol clarito retoza en los canteros. Guiña el ojo en los reflejos. Se hace juguete de tonos en los mosaicos pulidos de las paredes.

Al transponer el umbral del hospital, cada uno pierde su nombre y se transforma en número. Después de las siete no se dan más números. Hay que enseñar al enfermo la importancia del reloj. Y de la espera. En los bancos y recostados contra la pared, enfermos y acompañantes. Todos pacientes. Los hay profesionales y dilettantes. El número en la mano y la paciencia en los pies. La esperanza hace de director de escena.

I

Ante la puerta el enfermero. Es decir, el enfermero-portero. No se pasa ante él sin número. Es el guardián de la relación entre la unidad y la cantidad. Los billetes de un peso tienen un número cada uno.

II

En un banco. Petrona. 46 años. Completamente solteros los 46. Reclaman el "doña". Ha recitado por duodécima vez su historia clínica. Antecedentes familiares sobre todo. Reparte su mal para achicarlo. Corta la espera a filo de lengua. Tiene tanta que es una deslenguada. Ha recorrido todos los consultorios. Y todas las murmuraciones.

Previos Voronoff y Mlle. Noel.

Rp.:

Un marido.

III

Mariluz. — Usa miradas largas, pero intenciones cortas. La pollera a la altura de las intenciones. Hace cuatro días se le ocurrió que podía ir al hospital. Después pensó que podía estar enferma. Honestamente. Viste un traje de seda que la desnuda. También honestamente. Sentadita en un banco espera. Nunca ha hecho otra cosa. Tiene un pestañeo que llama. No sabe a quién. Pero llama. Tendrá una asistencia larga. Y preferente.

IV

Irrumpe triunfalmente un emplumado. Bajo el emplumado un sombrero. Más abajo una señora. — *¿Tiene número?* — *Tengo una recomendación para el Doctor.* — El enfermero se dobla. La señora se yergue. El portero se rompe. El murmullo se eriza. Una silla. Un ademán. Un peso. La espera pestañea ligerito.

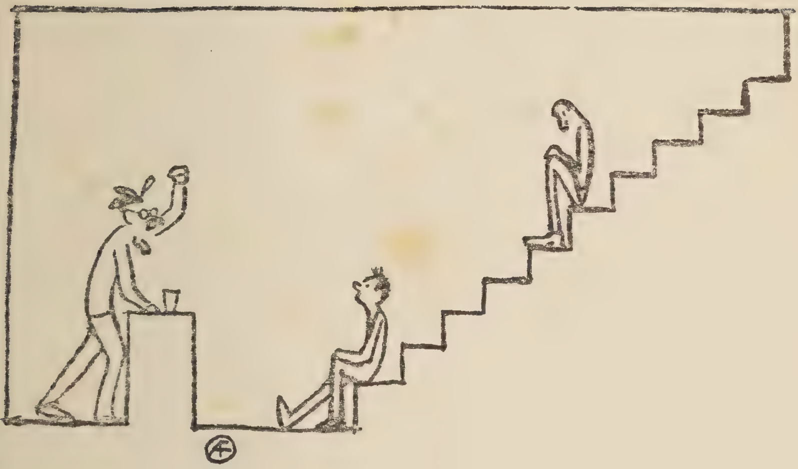
Son las once. Aparece un practicante. Las preguntas lo traspasan. Le exponen distancias. Ayunos. Dolores. Abandonos. *"El Doctor no ha venido. Esperen"*. Y esperan.

(El consultorio. — Dos mesas de examen descansan tendidas largo a largo. Un escritorio pequeño color tinta con borrones de esmalte blanco. Un lavatorio en cuyo cóncavo gotean dos canillas incontinentes. En una repisa un calentador y un recipiente donde borbolla un imposible puchero de jeringas. Arrinconado, un ventilador estira su margarita enjaulada. Se extraña un letrero que diga: "Acordaos de Don Quijote. Se ruega no poner el dedo en el ventilador en marcha". Un ventilador es, en definitiva, un molino de viento. En la percha dos túnicas. Uniformes de la ciencia. Inmaculadas por higiene. Y dos toallas. Pardas por adaptación. El silencio prolonga un largo esperezo blanco. Tal la escena. En ella no pasa nada. Absolutamente nada. Como en un drama pirandeliano. El autor no sabe por qué. Más pirandeliano todavía).

V

El enfermero asoma. — "*El Doctor acaba de avisar por teléfono que hoy no viene*". — Son las doce.

4



El aula. — Un mostrador. Condición indispensable para enseñar. Los asientos en semicírculos concéntricos que se elevan progresivamente. Son incómodos. Duros. Condiciones indispensables para aprender. De cerca aparecen tallados a filo de tedio y cortaplumas. Fechas. Palabras soeces. Nombres. Debe suponerse que no son las firmas de las palabras soeces. Mucha luz. Un pizarrón que encanece de apuntes. A su derecha un sirviente adscripto a la parte decorativa de la cátedra. La clase termina. El bullicio surge de bajo los bancos. Los circunstantes empiezan a salir. Cada uno lleva su traspunte en el bolsillo. La liberación hace de director de escena.

I

Swan. — Sale haciendo punta a un lápiz. Bajo el brazo un enorme cuaderno. Es admirable tomador de apuntes. Registra las sonrisas y los chistes del Profesor. Pueden serle útiles. Si pudiera tomar la versión taquigráfica del Apoxiomeno sería artista. Será médico. Curará con fichero. Si en sus notas hay algún método de consolar, consolará también.

II

Asky y Off (apellidos espectorantes). — Románticos observadores de la poética costumbre de ser fieles a los sitios. Ocupan invariablemente los mismos lugares. Primer banco. Asienten al disertante con doctorales movimientos de cabeza. Son los péndulos de la atención cordial. Dan aplomo al profesor. Sutil caridad. Toman apuntes siempre. No faltan nunca. El día que no fueran se suspendería la clase. Junto a ellos toma asiento Talea. Invariablemente. Sonríe con suavidad al profesor. También invariablemente. Oye con las pupilas. Por el agujero de los ojos pasará en el examen. Es el adulón "standard".

III

Ousky. — No se va todavía. Está esperando la salida del profesor. Quiere aclarar una duda que le mordisquea el temperamento. Cartesiano heterodoxo, sabe que la duda lo llevará al éxito. Las suyas son sistemáticas. Horarias. Domésticas. Terminan con el examen. El examen es el colofón de la sabiduría. Y el padre de las dudas teléticas. Para no dudar de sí mismo, no se examina nunca. "Se ocupa de su materia". Y de su profesor. Hoy va a preguntarle si debe estudiar en el original francés del texto o en su traducción castellana. El asunto es grave (*).

IV

Ahora Foráneo. — Sale sin haber entrado. Acude por hábito. Se aburre por temperamento. Apoyado el mentón en el pupitre, echa las pupilas al paisaje por el exiguo cuadrado del ventanillo. Cuando va al teatro lee medicina en los entreactos.

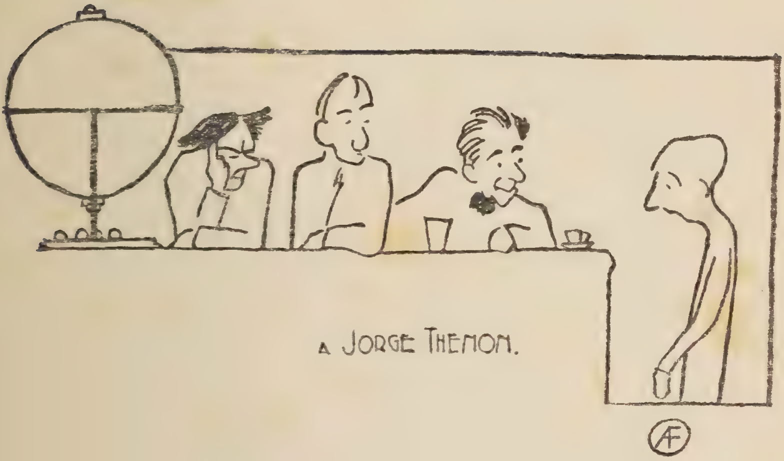
(*) **Nota del Autor.** — Toda traducción al español de un libro francés tiene sintaxis catalana.

Otra. — La sintaxis catalana existe.

V

En montón: Ligeia. Rubia. Cabello y faldas cortos. Pestañas largas. Un consorcio de Testut y Musset. Será médico si los ojos no la salvan. Arcos. Ha leído "El Suplemento". Folco. Ha escupido en la espalda de los compañeros. *"¡Linda clase!"*. Coro de concurrentes. Cerrando el grupo la atención, la indiferencia, el tedio. Muy rezagada, la ciencia. Cojeando.

5



A JORGE THEMON.

El aula de exámenes. Los profesores. Los alumnos. Los separa una mesa, una inquietud y un tedio. Es un juicio sin fiscales. Sin acusados. Tal vez sin jueces. Hay un gran defensor: el bolillero. El bolillero que, en un extremo de la mesa, dibuja su redondez oronda. Es un mundo encinto de mundillos. Deglute todo el programa sin digerirlo. Y le tapan la boca. Va a comenzar el acto. Se hace un silencio reumático. Ojeras. Tras el tribunal, el portero yergue la docta suficiencia de su librea. Se siente hacia él una inesperada fraternidad. Por las ventanas encortinadas filtra una luz caquéctica. Indecisa. Como si debiera presentarse a examen. El tribunal se reune por primera vez. Ha sido citado once. Celebremos el día. Ha habido conjunción de astros mayores. Un nombre. Un estudiante. Un carnet. Gracias al carnet él es él. La nerviosidad se estrangula en la garganta *del bolillero. Como una voz. En la paz de la evocación los personajes surgen por derechos de inquietud. La justicia haría de director de escena. Si se la atendiera. Es justo.*

I

El Profesor Difumino. — Ocupa el lugar del centro. Fino. Demasiado fino. Elegante. Demasiado elegante. Es tan cortés que no hay derecho a suponer que no sabe. No será un caballero, pero es un *gentleman*. Tiene un alfiler de corbata muy espiritual. Y botines de charol. En materia de espiritualidad no hay que olvidarse nunca de los botines de charol. Sobre todo si tienen caña de antílope. Ofrece una pregunta como un bombón. Sonríe.

II

El Profesor Yerbamuerta. — Serio como si supiera. Impenetrable. Esfíngico. Incoloro, inodoro e insípido. No interroga. Espera. El alumno clava en él ojos como ignipunturas. El le responde con una mirada gris. Con un silencio gris. Con una impavidez gris. El examinando se empapa en una desesperanza gris. Con su traje color piedra, el doctor es un humo cristalizado. Un hombre embadurnado de horizonte. El pobre alumno estrangula el recuerdo. Ahorca la memoria. Desangra la evocación. Cae un *¿Qué más?* Entre los dos se desploma un silencio como un iceberg. Es un trágico duelo de mutismos. El mutismo que ignora con derecho. Y con comodidad. Y el mutismo que ignora sin derecho. Y sin oportunidad. Otro *¿Qué más?* Mueren en la resignación dos suspiros atáxicos.

III

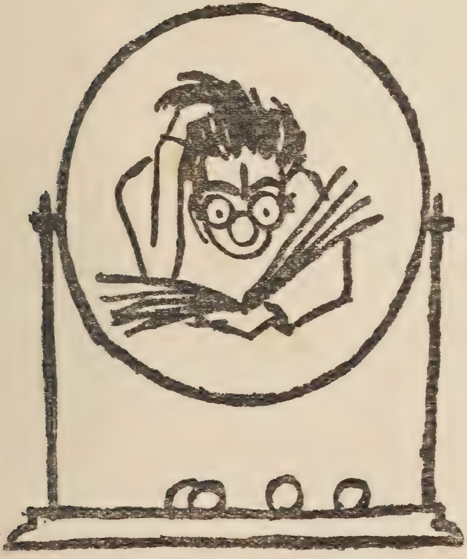
El Profesor Torrevieja. — Interroga como quien entra a matar. El alumno expone. Y se expone. Tropieza con una pregunta. Se magulla en una respuesta. Otra pregunta. Y otro tropezón. El magister niega. El alumno afirma. Por hacer algo. El maestro desempolva su experiencia. La erudición estornuda. Le llama experiencia a su rutina. El lenguaje tropológico es más elegante. Otro tropezón. El juez no espera más. Explica. Explica. El joven que hurtó las clases todo el año tiene que sufrir ésta. Y sufre. Es justo. Nadie debe doctorarse sin escuchar su clase. — *¿Ha comprendido, señor?* — Y otra pregunta. Y otra equimosis. Y otra angustia. El maestro no se conmueve. No puede conmoverse. Su inteligencia es el perramus de su sensibilidad. Otra explicación termina. El examen también. Aprobado por K. O. técnico.

IV

Los jóvenes salen. Se cierra la puerta. Un libro enorme. Y una espera enorme. Termina el acto. Comienza el acta. Epílogo: se ofician los ''sacrificia occulta''. Criterios. Antecedentes. Parentescos. Suficiencias. Asiduidad a las clases. Parentescos. Simpatías. Equidad. H. S. A.

V

Se reabre la puerta. Irrumpe la turba multa. Seis nombres que se dicen. Cuatro que se callan. Abrazos. Felicitaciones. Las palmadas estallan como cohetes. Las interjecciones también. Pero más bajo. Tristezas. Resignaciones. Dispersión. La mesa. ¿Quién ha puesto las bolillas en piedras de toque? Es simbólico. Ahora que nadie la ve la casualidad sale de bajo la mesa. Con el portero entra la imparcialidad uniformada.



6

8

3

Al Dr. Rodolfo A. Rivarola,
que creyó a tiempo en mi
apendicitis y en mi talento

La secretaría del hospital. — La máquina de escribir ofrece sus letras alineadas como bataclanas. Casilleros para clasificar el desorden. Tinteros. Tinta con borrones de ideas donde se suicidan las moscas románticas. Sillones de baqueta. Amplios. Mullidos. Caridad para los isquiones. Tazas de té. Refrescos. Un registro de firmas. Flores. Flota en el aire el espíritu-mazacote. de los expedientes. Van llegando médicos. Practicantes. Empleados. Habitués. Los une la murmuración. La crítica. La intriga. Y el afecto al secretario. Quien registra la asistencia. Hay que descontar los descuentos.

Como en todo ambiente pequeño, la virulencia se exacerba. Ley de la cavidad cerrada. Un nudo reptil ata la camaradería.

I

Dagoberto. — Hombre de pro. De prosecretaría. Bebe con gesto búdico un café con gusto a madera de lápiz Faber. El café de las oficinas. Tinta lustral de la holgazanería. Entre sorbo y chisme escribe. Letra peinada con gomina. Llama el teléfono. Una mujer. Voz de chillido de freno. Una cita. Las sonrisas se erizan como puerco-espines.

II

Dina, la dactilógrafa. — La cara en tricromía. Sufre la fealdad discreta de un primer premio de belleza. El busto hace promesas. Las piernas las defraudan. Llegó al secretario por el médico interno. Al médico interno por el consultorio externo. Goza de la confianza de todos. Y de las confianzas. Está aprendiendo a escribir a máquina.

III

El Director. — Las manos en los bolsillos de la túnica. No sabe qué hacer con las manos. No se quita nunca el gorrete bordado. No sabría qué hacer con la cabeza. Serio como si alguna vez hubiese pensado. Lo asesoran los médicos internos. Poder ejecutivo en triunvirato. Sin poder. Y sin ejecutivo. Un hospital es una república de salas autónomas con un director que cuida el edificio. Y acompaña a las damas benéficas.

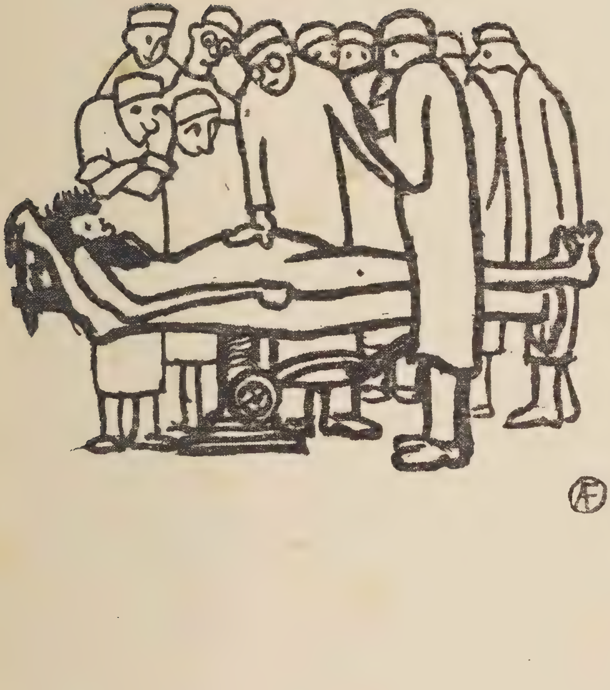
IV

Barcos. — Médico interno. Fué gran estudiante. Profesional del sobresaliente. Se doctoró por el sistema Berlitz. Habla como si estuviera dando examen. Adula al director. También por el sistema Berlitz. Es intermediario entre los subalternos y la Dirección. Un delator es un intermediario. Es de la pasta de los directores. De los directores de pasta.

V

"Monsieur le Secretaire". — Alto. Buen mozo. Eximia condición para ser mal mozo. Descortés como un inglés cortés. Híbrido de diplomático y oficinista. Flor en el ojal. Boquilla de ámbar. Paso prócer. Sonrisas. Reverencias. Varias damas lo esperan.

7



Niebla, frío y lodo. La calle Vélez Sarsfield, tendida boca arriba, se atiborra de bruma. Una pared leprosa se aburre de alargarse. Da un bostezo cuadrado en el portón. Y sigue. Fumando la humedad quince mancebos corren una maratón didáctica. Llevan la antisepsia envuelta en papel de diario. Reminiscencia de ternuras de almohada. Disnea de esfuerzo. Esfuerzos de disnea. Llegan. Tras una ventanilla alguien aguarda reloj en mano. Entregan la libreta. Cada uno pierde la ciudadanía. Los segundos gotean su monotonía rutinaria. Las ocho. La ventanilla cae guillotinando los retrasos. El alma-solterona de la puntualidad hace de director de escena.

I

Un hemiciclo de gradas ascendentes. En fila india (E. Salgari) van llegando las túnicas arrugadas y frías. Procedentes de salas distintas acuden a un "rendez-vous" infecto-contagioso. Cada cual entrega su número en la puerta. Asistencia libre. Detrás de un mostrador alguien expende ciencia al por menor. Docencia libre.

II

Explican. El tedio tetaniza la atención. En los labios disertantes hay un coma de prosodia. Y un "kara-kiri" de sintaxis. Con un nuevo Champollión se salvaría la enseñanza. Trabajos prácticos teóricos.

III

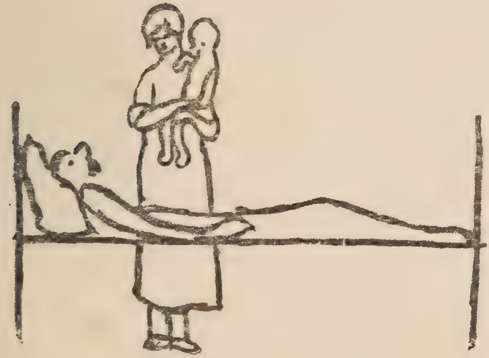
Sobre una camilla giratoria — calesita docente — un enfermo. Un caso. Ictérico. Enjuto. Padece la clase. 400 ojos convergen hacia él y le hacen crecer la barba. Lo destapan. Tiene el hígado grande. El bazo grande. La paciencia grande. Tirita. Puestas las manos sobre el abdomen tenso, el magister explica. Palpa el pronóstico en las vísceras de la víctima. Como un augur. Se escucha un silencio constipado.

IV

El Radiólogo. Hombre de cavernas. Usa lentes negros de automovilista. Tiene visiones turbias. Sus juicios pasan con la mezcla bismutada. Del diccionario no conoce más que la letra X. La que menos palabras inaugura. Las demás se le escaparon por los rayos canales. Su cabeza sólo tiene rayos y vacío. Como la ampolla.

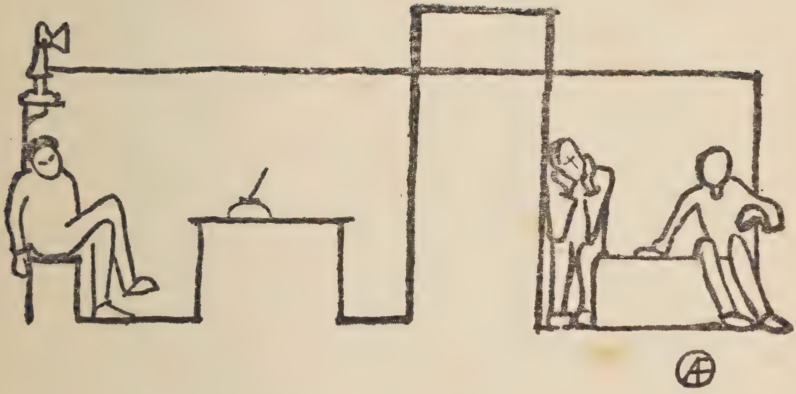
V

Mediodía. Volvemos a ser ciudadanos. Un sol ictérico de Agosto unta de bilirubina los jardines sin jardines del Muñiz. Hemos chupado ciencia. *"Malgré nous"*. Salimos cansados. Rabiosos. Agradecidos.



CERRADA

8



A ENRIQUE ADALID

La portería del hospital. — "Per me se va nella cittá dolente". — Una puerta. Un portero. Dos porteros más. Faltan puertas. Arrinconado, el teléfono abre su oreja como una boca ansiosa. El percutor da cabezazos alternativos en el abdómen hueco de las campanillas. Aturde para aturdirse. Otra puerta. Otro portero. "Visitas los lunes y viernes de 13 a 13.50". (Otras horas, precio convencional). Rompe a marchar un largo corredor sonoroso. Los personajes aparecen por prestigio de evocación. Penetran por méritos de recomendación. La avispa de los pórticos hace de director de escena.

I

De bajo los bigotes retintos del portero sale, entre un halo de gotitas de Pflugge, la condenación de Primo de Rivera. Jotas y zetas en pirotecnia furibunda. Otro portero lo escucha. Ojos asustados de las propias cejas cepilludas. Política trascontinental. Suena el timbre del teléfono. Suena el timbre del teléfono. Suena el timbre del teléfono.

II

María Luisa. — Médico. Cambió el sexo por el título. Ausencia absoluta de panículo adiposo. Ademanes cuadrangulares. Cumple una anatómica ley de las puntas. Perfora las perspectivas. Se dedica a señoras. Hubiera querido dedicarse a hombres. Se ha pintado los labios con polvo de ladrillo. Suena el timbre del teléfono.

III

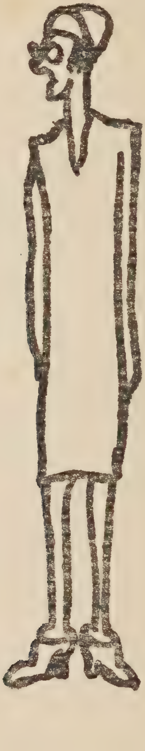
Boris Borisoff. — (Efes "ad libitum"). Nariz rapaz. Uñas rapaces. Solapas color conciencia. Dirige una compra y venta de saludes viejas. De recetas viejas. Y de pesos. De pesos viejos. Suena el timbre del teléfono.

IV

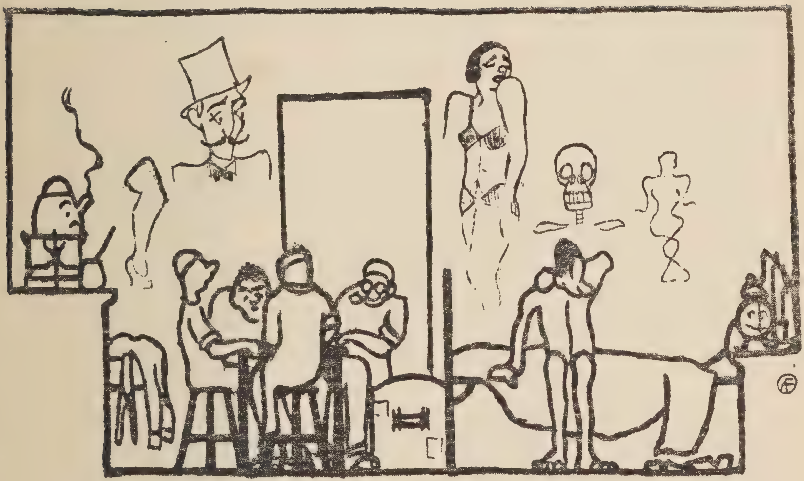
Narses Dallon. — Médico. Por derechos de consanguinidad. Bien vestido. Bien peinado. Bien relacionado. Termómetro de oro. Estilográfica de oro. Lápiz de oro. Amigos de oro. Ciencia enchapada. Enchapada en suficiencia. Maneja el tuteo y el ácido acetilsalicílico. Se abrirá paso. Y pesos. Pasemos. Suena el timbre del teléfono.

V

Llega Dalmacio Rucio. — Profesor de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Conviene detenerse a mirarlo. Es la docencia llevada al esquema. Erudito en historia. Y en historias. Inteligencia de coral. Crece piedra sobre piedra. Desea ser comprendido a toda costa. Se traduce ''a priori''. Reparte a sus alumnos unas hojas que contienen el extracto seco de la clase que va a recitar. Guiones, paréntesis, corchetes y llaves. Ciencia disecada. Medida. Perfecta. Triple destilada. Seca. Luego él desde el mostrador recita el esquema. Pone de su parte las conjunciones. Y las pone mal. Hasta hay quien ha coleccionado los resúmenes. Son el índice de Gilbert y Fournier. Penetra con paso sapiencial, meditando su sintaxis estrábica. Llega en busca de ''casos''. Aleteo de sombreros. Suena el timbre del teléfono. Suena el timbre del teléfono. Suena el timbre del teléfono.



9



El Pabellón de practicantes. — Puertas sin puertas. Ventanas sin vidrio. Paredes leprosas. (Ulceras, penfigo, mutilaciones). Congelantes pisos de baldosas. Acecha los pulmones el alma flecha de las corrientes de aire. Flota en el ambiente una insinuación de tangos descaderados. La primera novia. La primera cita. El primer aplazo. Bromas sin broma. Malas noches. Mala comida. Buen humor. Los muros decorados con insolencias, con esquemas, con recortes. El deporte. El bataclán. Dormitorios donde no se duerme. Una cocina donde no se cocina. Almohadas = sacos de nueces. Almohadas arrojadizas. Mesas cojas. Camas cojas. Sillas cojas. Mate. Alguien ves-

tido. Alguien medio vestido. Alguien sin vestido. Lo malo, lo bueno y la juventud hacen de directores de escena. Hay un halo romántico en la evocación.

I

Corrillo. Practicantes mayores, menores y mínimos. Agregados y adheridos. El primus ensordece como un chico llorón. Y encierra en su anillo candente el clavel trepidante de la llama. Ronca el ocio en el mate agotado. La yerba exangüe es socorrida con suero glucosado y tibio. Un sacrificio hondo. Desgarrador. Patético. Y se compran bizcochos.

II

En un rincón Panforte sume su libro. Lo subraya. Lo anota. Lo esculpe. Caen sobre su cabeza gacha trozos de pan, bolillas de papel, toallas mojadas. Continúa imperturbable. Rígido. A más de los cobayos, la ciencia necesita sus brutos.

III

Llega Canale. Profesional de la broma. (El profesionalismo es la acromegalia del deporte). Pesado como un pésame. Incómodo como un agradecido. Apaga la luz. Echa vinagre a la leche. Extingue el primus. Rompe una silla. Son bromas. Rebotan sobre él una protesta, una risa, una trompada.

IV

Allegro. — Conversador por necesidad anímica. Simpático por urgencia profesional. La simpatía es tan necesaria al médico como el Ford. Habrá que standartizarla. El plan Escudero lo ha olvidado. Allegro conoce el chisme de ayer. El de hoy. Y el de mañana. Posee siempre la novedad de media hora después. Cuando no la hay, la crea. Como Alberto Hidalgo. Sabe todo lo que no debe saberse. Informa al corrillo de la vida privada de la señora del director. Abortos inclusive. Secreto médico. También habrá que standartizar la discreción.

V

Ulises, Leone, Augusto. La guardia. Se han reunido en consulta sobre un partido de truco. Luchan por porotos. Como en la vida. Suena la campana de guardia. — "*¡Truco!*". — Suena la campana de guardia. — "*¡Quiero!*" — Suena la campana de guardia. — "*¡Retruco!*". — Un agregado se decide a acudir. — "*¡Vale cuatro!*"

10

Trastienda. Antecocina. Herboristería. Laboratorio. Partes iguales. Mézclese. La farmacia del hospital. Frascos alineados con nombre en la barriga. Aburridos. Relucientes. Ventrudos. Como budas. Pudorosamente vacíos. Los remedios están en otra parte. Truc inocente y simbólico. La lengua del mechero hace cosquillas insistentes en el abdómen de una olla. A cada carcajada de la tapa se escapa en el vapor el alma doméstica de las infusiones. La "mano" refugia su cabeza pesada de ideas triturantes en el duro regazo del mortero. La canilla del agua corriente gotea la infusión polígala. Un largo mostrador de mármol sucio de terapéutica excedente. Papel de filtro con agujeros hemipermeables. En sitio de preferente preferencia el Codex. Misal de la farmacología. Las visiones se unen en el cuadro excipiente de un am-

biente de feria. Esta vez no hay director de escena.

I

"La terapéutica puede hacerse con 6 medicamentos". "Sobran 6". "Vis medicatrix naturae".

Un farmacéutico cree que es químico. Parece un boticario. Y es un perfumista con festones de curandero. Su fe lo salvará. Cree en lo que no conoce. La quimioterapia.

II

Van llegando practicantes de medicina. De farmacia. Más lejos Muñeiro, el sirviente, incorpora, con pacienzudo ahinco, polvos blancos, amarillos y rojos a una suave vaselina diplomática. Paliquė. Los cigarrillos se desenrollan en elásticos de humo Une el corrillo un afecto con gusto a jarabe tolú. Se comentan las recetas de la mañana. Escíbalos ideológicos. Críticas drásticas. Los médicos no saben terapéutica.

Los farmacéuticos ignoran medicina. Entre los dos está el enfermo. Ciencias médicas.

III

Pincitori. — Estudia hace 19 años. Los programas. De las carreras. Trae un dato gordo. Una ilusión flaca. Una esperanza desesperante. Se lleva un peso sucio. Un saludo seco. Una lástima cierta.

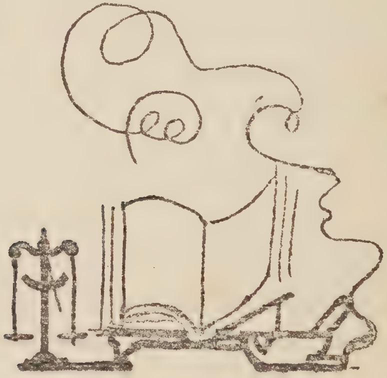
IV

Roeli. — Político hacen 15 años. Universitario hacen 12. Político universitario hacen 3. Ha decidido terminar su carrera. De médico. Y se ha especializado en elecciones. Informa en qué mesa están ''los amigos''. Cuando conviene presentarse. Y como. Lo reciben diez preguntas. Dos silencios. Una sonrisa.

V

Pérez y Pérez. — Ex periodista. Ex estudiante. Ex español. Actual corredor de específicos. Terapeuta dilettante. Y obsedante. Tiene la insinuación insistente de una manicura de peluquería. Hace pequeños regalos. Brinda pequeñas bonificaciones. Todo pequeño. Difama para eliminar la competencia. El secretario del hospital lo protege (a. a.). El administrador también (a. a.). Trae hoy una vacuna novedosa. La novedad es un vale. De un peso. En cada caja. Los farmacéuticos darán la primera inyección.

El apetito se concentra en el vacío de los estómagos. En la vaselina de Muñeiro se han realizado las bodas morganáticas. La última murmuración aperitiva. Y la rebótica queda desierta como una biblioteca.



11

VOTEN
5 x 8

"La Estudiantina", de Manuel Lago. — Eso mitad freiduría y mitad café que los porteños llaman lechería. Reposorio y mentidero. Basílica de la media luna. Muchas mesas cuadradas. Tufo de cocina. El piso sucio como el de un tranvía Lacroze. Los chistidos de la máquina de express y el timbre de la registradora completan la ilusión. Las paredes tapizadas de carteles multicolores que enuncian las virtudes de varios binomios. Binomios. Fórmulas. Algebra electoral. En un rincón un teléfono con chinches oye las confesiones de todos los estudiantes. Indiferente. Como un cura viejo. Cuatro mozos con chaqueta torera

gritan en falsete egofónico: "Un express". Las cucharillas y las tazas ensayan la Sinfonía Doméstica de Strauss. Con insistencia de mujerzuela en decadencia un judío sucio se pasea entre las mesas ofreciendo artículos de goma. Sufre con una sonrisa amarilla y saburrosa los chistes de casi todos. Seis moscas pasean con deleite entre los pelos de la barba. Detrás de la National, enfundado en un saco color toalla, don Manuel simboliza el eclecticismo galaico. Una biblioteca de botellas le forma dosel. Fía. La vergüenza colectiva lo garantiza. Sobre el mostrador una novela picaresca sin escribir. El apetito, el ocio y la costumbre — duendes de café — hacen de directores de escena.

I

Vilena. — Solo. Ha clavado su actitud en un tortícolis psicológico. Fakir de café. Lo embruja la noche circular de la taza. No mira nada. Piensa en lo que mira. Se aburre y aburre como un profesor de bacteriología. Bosteza hasta producir el vacío barométrico a su alrededor. Cultiva ojeras color noctámbulo que cuida con esmero. Es estudiante. No estudia por no perder la juventud. Lo sorprende el alba en los cafés del centro. Lívida como un reproche.

II

1, 3, 7 y 4. — Rodean una mesa. Corbatas agresivas. Afeitadas erosivas. Juegan los dados con centavos pedidos. Usan voz baja a gritos. Discretos como un peluquero. Temas históricos. Las conquistas. Y los descubrimientos. Enfermas. Enfermeras. Estudiantes. Modistillas. Parteras desfilan bajo los arcos dentarios de estos Atilas con gomina. Se levantan. Citas impostergables. Llegarían tarde a comer a sus casas.

III

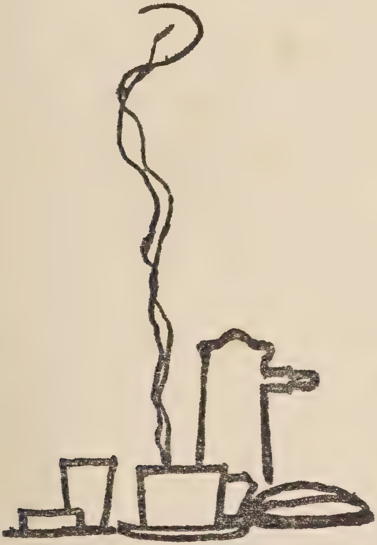
Llega Ulcus. — Aspirante a candidato. Confetti de sonrisas. Serpentinas de saludos. Parece una "vedette". Invita. Se juntan cuatro o cinco mesas. Oratoria al por menor. Aperitivos al por mayor. Ulcus paga. Cobrará en votos. Las empanadas, el asado y las damajuanas: incultura política.

IV

En la trastienda. — Doña Josefa. Labios engrosados de palabrotas. Bigotes en cairel. Dientes sarrosos. Eructa por vocación. Lavatazas. Someramente. Ensucia tercerías. Ya no tan someramente. Celestina es siempre Maritornes jubilada. Le sobra grasa en el cuerpo. En el traje. En el alma. Poste restante de cartas. De favores. De propinas. Le pasan tazas, cucharillas, platos, vasos. Los pone al chorro. Listo.

V

Durruty. — Empleado de la Secretaría de la Facultad. Un poco estudiante. Un mucho burócrata. Debería jurar secreto médico. Sabe los aplazos de todos. De tarde es un hombre enjaulado. Las fieras están afuera. Como los empleados de banco, vive de la cintura para arriba. Peinado irreprochable. Corbata irresponsable. Alguien le paga la consumación. Estudiante.



12

Domingo. Un sol específico para convalecientes reparte su luz hortera. Todo lo dominical es hortera. La vereda frente a la puerta del hospital. Trajes con hálito de naftalina y reminiscencias de baúl. Hay hombres que venden globos, molinetes y escíbalos garrapiñados. Por diez centavos se sube dos grados la fiebre del enfermo. Mamás que arrastran chicos como chinchorros. Visitas por gotas. Dos para cada enfermo. Un cancerbero — fatalmente galaico — confisca en la puerta contrabandos inconfiscables. Aduana microscópica. Confituras. Naranjas. Ravioles fríos. En el zaguán los practicantes de guardia fraguan conquistas. Con vistas a la colonización. Los porteros atusan las propinas. Como *bigotes. Como en la silueta N.º 8 suena el timbre del teléfono con persistencia de latido. Algo aburrido, pero con gusto a cariño familiar hace de director de escena.*

I

La sala. Van entrando voces. Colores. Gritos. Besos reventones. Se piensa en un concierto de pájaros en una heladera. Los globos atados a las cabeceras tiran las camas hacia arriba. Las preguntas florecen con los besos: *"¿Cómo están los nenes?"*.

II

Junto a la cama del 6 no hay nadie. El viejo, boca arriba, lanza suspiros estertorosos. Difíciles. Un suspiro es una respiración que quiere dejar de serlo. *¡Agua!* Hay demasiado ruído en la sala. La pobre alma, harta de estar en cama, se va por la ventana. Se la ve hincharse de paisaje. Y volar. El cuerpo se echa a dormir. Sin pantopón. Cuando termine la visita lo cubrirán con un tul. Agujeros que tapan. Hay muchas moscas.

III

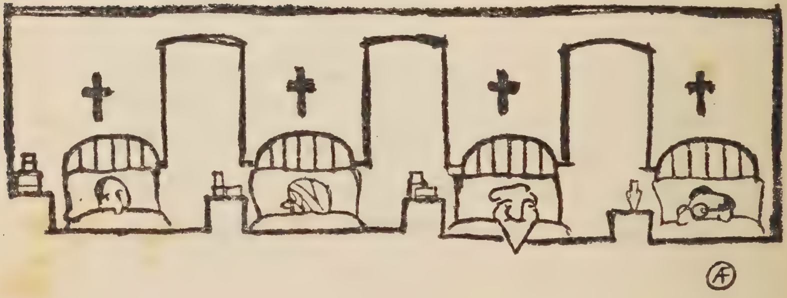
La sala de autopsias. — El domingo, que anda suelto y ha llenado todo el hospital, se detiene cabizbajo en la puerta de la Morgue. En su ambiente de frigorífico los días no tienen número. Boca arriba, sobre las piedras frías de las mesas, los cadáveres bostezan su largo sueño de formol. Hay un frío ascendente. Impregna los botines. Se dializa hasta las rodillas. Trepa las patas de hierro de las mesas. Barniza los cadáveres. Llora en las paredes un llanto sustitutivo. Los estudiantes afilan y mellan la ciencia en la punta de los bisturíes. Guantes de goma. Para no entibiar el gesto.

IV

5, 7 y 9. Enguantados. Enfundados. Cuentan juergas y amoríos. Ríen como pianolas viejas. No sienten la muerte. No sienten la vida. Tienen razón. La vida de una morgue es la muerte científica. Anatomopatológica. Disecable. 15 acaba de cortar la mano de un muerto. La arroja a la cabeza de sus compañeros. Chiste disecante. Es la primera vez que ofrece una mano. Risas en fuego de artificio. Del piso alto bajan chistidos insistentes.

V

El piso alto de la Morgue. Un velorio de hospital. Cuatro velas. Seis parientes angustiados. Sollozantes. Anochecidos. Miradas de farol de kerosene. Velan un cadáver amado con una gruesa sutura del mentón al pubis. De abajo suben, jineteando risas, cuentos de lupanar.

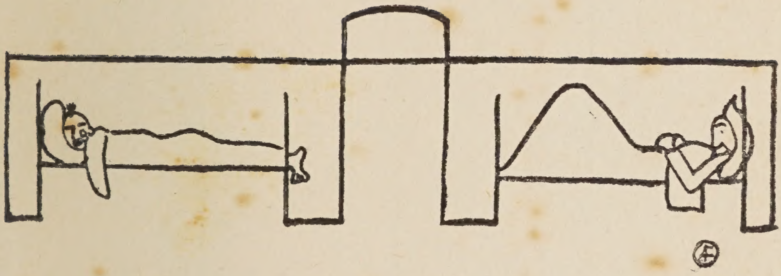


1 SINTOMA PREMONITORIO

Y

12 ERRORES DE DIAGNOSTICO

Síntoma Premonitorio 0
La sala 1
El Laboratorio 2
El Consultorio Externo 3
El Aula 4
Exámenes 5
La Secretaría 6
Trabajos Prácticos 7
La Portería 8
El Pabellón de Practicantes 9
La Farmacia 10
"La Estudiantina" 11
Domingo de Hospital 12



Alfredo Fragueiro Olivera hizo
estos esqueletos de dibujo

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00027208851